

# ONZA,

# ATIGRIE

# Y LEON

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA  
BIBLIOTECA  
No. 7

EL CORREO ESCOLAR



REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

FABULA

# EL LEON Y EL RATON



Dormía un león pardo en una fría montaña; en la espesura tenía su cueva enterrada. Allí jugaba una partida de ratones y despertaron al león con sus chillidos. El león cogió a uno y lo quiso matar, el ratón con gran miedo comenzó a hablar: “Señor, le dice, no me mates, que no te podré hartar; dándome tú la muerte no adquieres honra ninguna. ¿Qué honra es para el león, el fuerte, el poderoso, matar al pequeño, al pobre, al miedoso? Vencer luchando es honra para todo hombre nacido; pero es maldad y pecado vencer al desvalido. El vencedor se honra con el valor del vencido; su gloria es tanta cuanta es la del caído”.

El león quedó muy satisfecho con estas palabras y soltó al ratoncillo; éste, cuando se vió libre, dióle muchas gracias, y le dijo que le mandase, en lo que pudiese sería servido. El ratón se fué a su agujero y el león a cazar. Andando éste por el monte cayó en una trampa con redes que no podía soltar; tenía los pies y las manos envueltas y no se podía alzar. Comenzó a lamentarse y le oyó el ratoncillo. Fué a él, y le dijo: “Señor, yo traigo buen cuchillo, con estos dientes míos roeré poco a poquillo, y donde están vuestras manos haré un gran portillo. Por él sacaréis brazos fuertes, y abriendo y tirando rasgaréis las redes. Por mis dientes pequeños os escaparéis; me perdonasteis la vida y hoy por mí vos viviréis”.

Arcipreste de Hita.

# ONZA, TIGRE Y LEÓN

(EL CORREO ESCOLAR)

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

No. 7

CARACAS MAYO DE 1939

AÑO 1

## GEOGRAFIA EMOTIVA

*Se ha entendido que la pluma de los geógrafos, naturalistas o viajeros que, por primera vez descubrieran ya el gran río, ya el mar extenso, ya la cordillera imponente, era la más adecuada para dar del fenómeno una impresión acabada y palpitante, y no una descripción fría y estática de los accidentes geográficos del Globo. Las emociones del descubridor son necesariamente nuevas: nadie las ha sentido antes que él al encuentro del fenómeno que se le revela, y no habrá modo de reemplazarlas con otras que las aventajen en interés y frescura.*

*Teniendo presente que es esencial en la lectura para niños que no haya pasaje en que decaiga el interés, ha de procurarse dar descripciones o relatos no carentes de interno dramatismo. En general, los geógrafos, creadores de grandes síntesis en el silencio y quietud de sus laboratorios, carecen del ardor y de la audaz valentía del viajero que ahora cruza un torrente o más tarde lucha con una fiera y en todo momento ha de estar venciendo las dificultades que la realidad le presenta. Y el niño tiene en acción, tensa y constante, su fantasía creadora para asociar los actores con el escenario en que se mueven.*

*Ha de ponerse íntegro empeño en que los relatos de viajes y exploraciones exciten vivamente el interés de los lectores a que están destinados, en el intento de que tengan de la Tierra idea conforme su extrema variedad y dinamismo.*

*Consecuentes con las anteriores normas, trataremos de dar en nuestras páginas impresiones de las diferentes partes del mundo, debidas a los más ilustres viajeros, geógrafos y naturalistas. Y, para las descripciones geográficas de nuestra tierra, excitamos a nuestros lectores a colaborar con nosotros enviándonos relatos descriptivos de los distintos lugares, sitios y regiones del país por ellos conocidos.*

AMENIDADES GEOGRAFICAS

# "AL POLO NORTE POR LOS AIRES"

por ROALD AMUNDSEN.



El explorador polar Roald Amundsen, nació en 1872, ha sido uno de los mejores viajeros árticos y antárticos más famosos del mundo. En diciembre de 1911, fué el primero en llegar al Polo Sur. Después hizo tentativas diversas por alcanzar el Polo Norte (ya descubierto por Peary). En una de estas tentativas, su barco, el *Maud*, fué bloqueado por los hielos, viéndose obligado a hacer una larga invernada cerca del cabo Tchelinskin. En 1925 pudo atravesar las regiones árticas en avión. De su obra *Al Polo Norte en Avión*, hemos tomado el relato que aquí publicamos.

Amundsen murió en junio de 1928 entre los hielos del Océano Glacial Artico y al intentar socorrer en avión la fracasada expedición italiana Nobile, pero sin que sepamos cómo ni cuándo, pues hasta la fecha no se han encontrado sus restos.

No, jamás he visto un desierto tan absoluto ni semejante ausencia de vida. Esperaba distinguir de tiempo en tiempo un oso; pero no, ni un oso, ni foca, ni pájaro, ni ser viviente alguno.

(Pasa a la pág. 17)

AVES DE NUESTROS BOSQUES  
LOS LOROS



Los loros, cotorras y otras especies de papagayos, son por lo regular habitantes de las selvas vírgenes de la zona tropical, propagándose por todos los países cálidos del Nuevo y el Viejo Mundo. Es sin embargo en la América Central y del Sur, donde se encuentran los más numerosos y bellos ejemplares de las aves de este grupo.

Los loros viven en los árboles del bosque y la sabana, siempre cubiertos de verdor, por lo que gracias al colorido de su plumaje se disimulan perfectamente en el fondo del paisaje.

Son aves *monógamas*, viven en parejas que se juntan formando bandadas numerosas, cuyos chillidos estrepitosos pueden oírse a gran distancia. Si levantan el vuelo, se juntan

las parejas y así resulta la forma típica del vuelo de una bandada de loros.

La hembra anida en los huecos de los árboles, ya sean naturales o excavados por los carpinteros. Otras veces construye ella misma su nido en las palmas y otros árboles, arrancando la corteza, con los bordes afilados de su pico, hasta llegar al interior.

El nido es descuidado y sin arte, los trocitos de madera que caen en el fondo forman una especie de colchón sobre el que depositan cuatro huevos que calientan con su cuerpo. Cuando salen los hijos están ciegos y desnudos, pues solamente tienen sobre su cuerpo un escaso y suave plumón. Los padres los nutren de alimentos que preparan y reblandecen en sus buches, hasta que a las cuatro semanas después de la eclosión salen del nido. Durante la incubación ambos sexos muestran extrema inclinación y cariño uno por otro.

Los loros se alimentan por lo general de frutas y semillas que el bosque les proporciona en abundancia, además les gustan las yemas tiernas, flores, y a veces se sacian de insectos y sus larvas, gusanos y hasta huevos de otras aves.

En domesticidad viven en jaulas dentro de las casas, ya que no se pueden tener sueltos por los destrozos que causan en los muebles. Aceptan con agrado: harinas, frutas y granos.

Por sus insaciable parlería, ha domesticado el hombre a los loros, pues como tienen una lengua carnosa pueden emitir sonidos parecidos a la voz humana. Enseñándolos, aprenden con facilidad frases altisonantes que pronto repiten en los momentos oportunos. Suelen expresar su alegría silbando; su miedo o cólera, aireando o agitando las alas repetidas veces, junto con agudos gritos o chillidos inarticulados. Saben imitar con maestría las voces de otras aves.

De todos los habitantes del bosque y la sabana, son los loros los más ruidosos. Entre los ramajes, apenas se los puede distinguir por su plumaje casi enteramente verde, pues aunque el cuello y la garganta son rojos y tienen además algunas plumas azules y amarillas, el tono verde predomina, de tal modo que de lejos solo parecen tener ese color.

(Pasa a la pág. 28)

LA VIDA EN LOS LLANOS

# LA CAZA DE JAGUARES

por Don RAMON PAEZ



Gratamente pasábamos así las noches luego de las fatigas del día, teniendo siempre nuestra gente algún incidente o historia que contar en relación con sus experiencias personales. Una noche, Gaspar, el astuto negro que estaba con nosotros, contó a una rueda de oyentes admiradores, una de sus curiosas aventuras:

Pues bien, señores, encontré a Tío Tigre al pie de una gran mata de algarrobo, rodeado por mis perros, cuyos movimientos vigilaba constantemente.

Sentado como un gato sobre sus ancas, y moviendo el rabo de un lado para otro, aguardaba el ataque de la audaz tropa con aire de mu-

cha confianza, sin ningún signo de alarma, y sin dignarse avanzar un paso para callarlos. A veces parecía hacerse el desentendido de su tono amenazante, y se frotaba los ojos con sus manazas, como si estuviera dudoso sobre cual, entre los perros más gordos, sería el mejor bocado.

Por fin, uno de los perros que parecía el más valiente, le brincó de repente sobre un costado, y creí yo entonces llegado el momento de clavarle mi lanza, pero antes que pudiera medir la distancia que me separaba del enemigo, tuve el dolor de ver a mi valiente compañero tirado por el suelo, sin vida.

(Pasa a la pág. 20)

NIÑOS QUE ESCRIBEN Y DIBUJAN

# DIAS DE LLUVIA



La lluvia es una cosa molesta casi siempre, impide que uno pueda ir a pasear y a la escuela, o de visita casa de los amigos y parientes. Pero, a veces la lluvia es agradable; es sabroso cuando uno está dentro de su casa, todo calientico, y en el patio se miran caer las gotas de agua, como varillas de vidrio primero, que luego revientan en el suelo como pequeñas bombitas brillantes. Mis hermanitos y yo nos divertimos mucho viendo ésto y a esas gotas o goterones de agua que revientan, las llamamos mujercitas bailadoras, porque verdaderamente, eso parecen, cuando llueve fuerte y se ven saltar sobre el piso, unas tras otras las mujercitas bailadoras.

Por lo demás, las lluvias envuelven a los cerros en cortinas brumosas y nos los hacen ver de modo distinto de como son siempre, y esto es bonito.

**AURA CRISTINA MAYERS**

(12 años) — Caracas

# EL NIÑO VALIENTE



Varios muchachos salieron un día a jugar y se metieron por el campo. El día anterior habían colocado una botella desfondada, con pedazos de pan dentro, en el agua de una quebrada, para coger sardinas. Y todos venían muy contentos porque siempre que hacían esto, al día siguiente la botella estaba llena de peces.

Llegaron y vieron que, dentro habían varias sardinas que se habían metido. Uno de los muchachos se puso a sacar la botella que estaba amarrada a la orilla, con una cuerda, y en eso estaba, cuando otro de ellos dió un grito diciendo:

—¡Ahí vien un toro!

Y como era verdad, todos echaron a correr, menos uno chiquito, de muy pocos años, que lleno de miedo, se quedó en la orilla sin poder correr.

Entonces uno de los muchachos grandes se devolvió y, cuando el toro ya estaba cerca del chiquito, se quitó el saco y se puso a torearlo; mientras tanto el niño se pudo ir con los demás, y el toro cansado al fin, se fué también.

Los papás del niño pequeño, cuando supieron lo que había sucedido, le dijeron al muchacho grande que él era un muchacho valiente y le dieron un buen premio.

**EDELMIRO YANES F.**

(11 años) — Los Teques.

# LOS DOS LORITOS



Mi hermano grande contó el otro día en casa un cuento muy divertido, y yo ahora se los voy a contar a los niños que leen “Onza, Tigre y León”.

Eran una vez dos loritos, uno macho y una hembra, que iban embarcados en un vapor; los llevaban metidos dentro de una cesta cubierta con un pedazo de tela. La dueña de los loritos había sacado la cesta a la cubierta del buque para que los animalitos cogieran aire y, para que pudieran salir y pararse en el asa, había abierto por un lado la cubierta de tela. La lorita salió por la abertura y se paró en el asa, mirando al mar. Luego salió el lorito y subió hasta donde ella estaba. Allí se quedó mirándola, mirándola; y le dijo:

—Lorita, ¿tú como que estás mareada?

Y la lorita le contestó:

—No, lorito, ¿por qué?

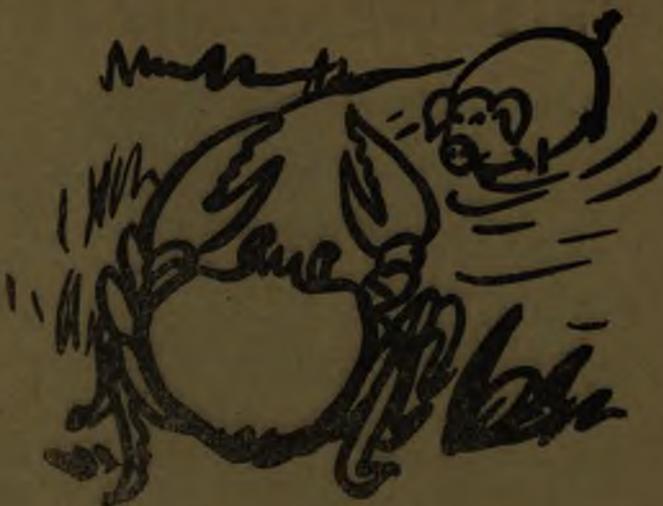
—Ah, porque te veo ¡verdecita, verdecita!

Y ahí se acaba el cuento.

**JAVIER A. GONZALEZ**

(13 años) — Maracay.

# EL COCHINO Y EL CANGREJO



Junto de un charco vivía un cangrejo muy vanidoso, él se creía el animal más poderoso del mundo porque tenía un gran par de tenazas con que podía morder a todos los demás animales.

Al charco venía siempre un cochino, al cual le agradaba bañarse en el pantano. Cuando el cangrejo lo venía venir comenzaba a burlarse de él y no lo dejaba quieto hasta que no terminaba y se iba.

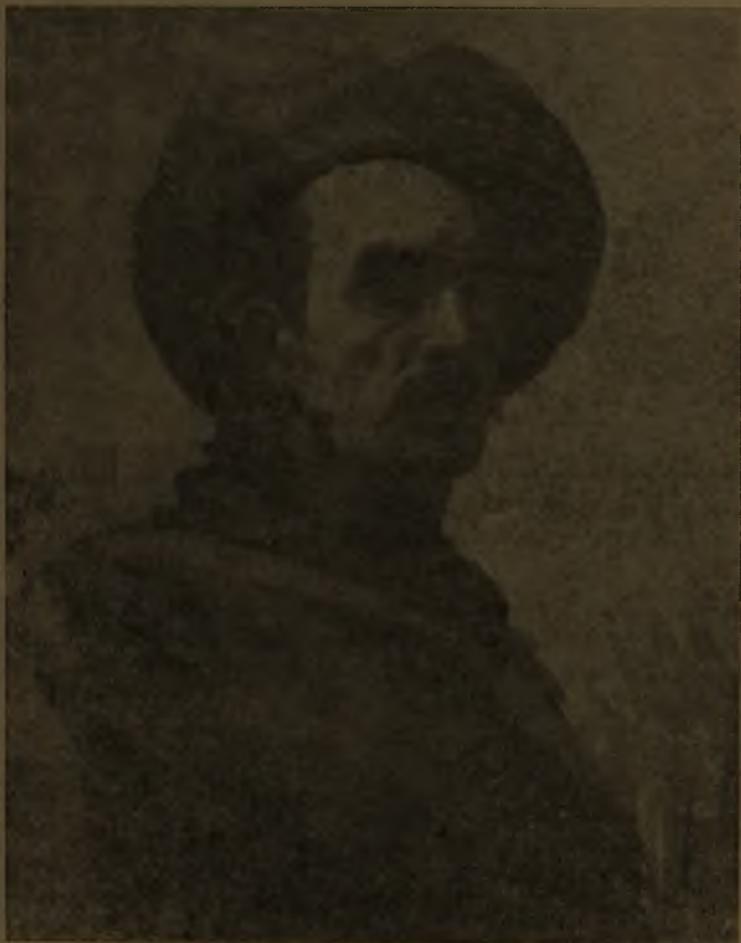
Un día el cochino vino como de costumbre, y el cangrejo empezó a decirle cobarde y también que no tenía tenazas como él sino un triste rabito.

El cochino no le hizo caso y se puso a bañarse tranquilamente, pero el cangrejo creyó que era miedo que le tenía y, envalentonado, se fué por entre el agua y, con una de sus tenazas, mordió al cochino en el rabo.

El cochino dió un chillido y furioso, se volteó y de un mordisco se comió al cangrejo. Al que se le acabaron las valentías.

**ELOY H. HERNANDEZ**  
(14 años) — Barquisimeto.

PINTORES VENEZOLANOS  
**CRISTOBAL ROJAS**



Cristóbal Rojas nació en Cúa, la población mirandina, en diciembre de 1858. Empezamos a ver, diremos, su genealogía artística, desde el conocimiento de las aptitudes que para la escultura tu-

vo su abuelo, Don José Luis Rojas, de quien se dice donó una efigie del Nazareno a la Iglesia de Turmero. El padre del pintor fué médico y, como él, se llamó Cristóbal;

cultivaba con éxito la pintura y la música.

No es raro, así, que Cristóbal Rojas heredara las dotes de artista que poseyó. Desde niño mostró enorme facilidad para el dibujo. Entreteníase en ilustrar sus libros de estudio y los de sus compañeros de escuela. Su primer oficio, que desempeñara por muchos años, fué el de tabaquero, o hacedor de cigarros; de él vivía y ayudaba pecuniariamente a su familia, pobre en demasía.

El carácter huraño y mediatibundo del pintor, le proporcionó pocos amigos. Era algo característico que debería llevar consigo. En el apogeo de su carrera artística, no tuvo ocasión ni humor para ir en pos de alabanzas o escaños facilitadores de gloria. Esta se la ganó por sí solo, en comprensión diáfana y honrada de lo que valía. Su pintura dice lo que él fué: un atormentado. Buscaba en la pintura lo que adentro sentía, y así lo daba, imponiendo en su obra su carácter y su estado de alma. Su pintura es producto íntegro de ese amalgamamiento de causas vocacionales suyas y síntesis de su existencia de incomprendido, porque Cristóbal Rojas, para su tiempo, era un pintor a quien se mi-

raba con el desaire característico de una época despreocupada por las cosas de arte.

En Cúa, su pueblo natal, entre las esquinas de Maturín y el Rosario, está el solar donde se erguía la casa de Cristóbal Rojas, destruida por el terremoto del 12 de abril de 1878. Rojas contaba entonces 20 años, y él y sus familiares, como la mayoría de los habitantes del pueblo, se vieron hacia Caracas en solicitud de refugio. ¿Qué hacer, al llegar, en esa caravana dolorosa, ansiosa de ayuda, urgida de todo recurso? Consigo están su vulgar oficio de tabaquero y su vocación de pintor. Pero, ¿cómo ocuparse ahora de pinturas? Es necesario ganarse el pan.

Apartado de su vocación auténtica, sincera, ha de pasar algunos años y esto le duele cual si malgastara su vida; afortunadamente, no por eso dejará de dibujar y pintar en esos ratos escasos que le restan de su trabajo ordinario. En esta forma obtiene seguridad en su obra y la oportunidad de ganar, aunque escasas veces, algunas monedas, colocando de vez en vez sus cuadros entre compradores que quizás los obtienen más por ayu-

(Pasó a la pág. 19)

# LAS LANZAS DE TIO BURRO



Como siempre Tío Tigre se encontraba emboscado, aguardando a Tío Conejo para echarle garra; pero Tío Conejo, como siempre también, lo había descubierto y estaba meditando la manera de pasar, burlando la vigilancia de su enemigo.

Sentado al pie de un bucare, Tío Conejo miraba al cielo buscando inspiración. A pocos pasos suyos, Tío Burro, echado en la yerba, pacía perezosamente.

Divisando un avispero sobre las ramas del árbol, a Tío Conejo se le ocurrió una idea.

Buscó una piedra y, con tino certero, la lanzó contra la gran bola redonda que formaba la casa de las avispas. Los insectos se alborotaron inmediatamente y comenzaron a volar en una densa nube que iba descendiendo lentamente hacia la tierra. Antes que esto sucediera, Tío Conejo echó a correr en dirección al lugar en que se hallaba apostado Tío Tigre. Y, tan pronto como pasó por allí, *Mano de Plomo* le saltó encima, atrapándole entre sus garras.

—Por fin caiste, Tío Conejo —gritó Tío Tigre con un rugido de satisfacción.

(Pasa a la pág. 22)

# EL LADRON Y EL RAYO DE LUNA

(Leyenda Persa)



Un ladrón andaba una noche por encima de la casa de un hombre rico, hacía una luna muy clara y junto con el ladrón andaban algunos compañeros de él.

En la casa había una ventana por donde entraba la luz de la luna. El dueño, sintiendo los pasos, despertó, y pensó que a tal hora sólo andarían ladrones por su tejado.

El hombre hizo despertar a su mujer y le dijo:

—Habla quedo, pues he oído que andan ladrones por sobre nuestro techo. Cuando los oigas cerca de aquí, tú me dirás: “¡Ay, esposo mío! ¿Por qué no me dices dónde encontraste tanto dinero como tenemos?”. Y aun cuando yo no te quiera responder, sígueme preguntando hasta que te lo diga.

Tal como se lo ordenó el marido, lo hizo la mujer.

Fuera, el ladrón escuchó lo que ella decía. Y entonces el hombre replicó a su esposa:

—¿Por qué me lo preguntas? Si la suerte te trajo tantas cosas buenas; come, bebe y alégrate. No me preguntes nada, pues si te lo llegara a decir es seguro que lo oiría alguien y podría ocurrir algo que nos pesara a tí y a mí.

Pero la mujer continuó insistiendo:

(Pasa a la pág. 16)

# N I Ñ O S



ACUARELA.— Por Carmen A. Blanco, Caracas

# N T O R E S



ACUARELA.— Por Edgar R. Rodríguez  
Escuela "Francisco Esteban Gómez"  
4º Grado  
La Asunción

# EL LADRON Y EL RAYO DE LUNA

(Viene de la pág. 13)

—No seas así, hombre. Dímelo; nadie oirá lo que podamos hablar a estas horas.

Dijo entonces el marido:

—Bueno, ya que tanto lo deseas, te lo diré: Todas esas riquezas que poseo, he logrado reunir las robando.

—¿Cómo puede ser eso —exclamó la mujer—, si las gentes te tienen por hombre honrado?

—Te contaré —dijo el marido—: Por las noches, cuando había luna, yo salía con mis compañeros, hasta que llegaba a la casa donde quería entrar; me subía sobre el tejado y me acercaba a alguna ventana por donde entrara la luna. Entonces decía siete veces: “saulan, saulan”. Y me abrazaba al rayo de luna; descendiendo por él a la casa y entrando por la ventana, llegaba adentro sin hacerme ningún daño. Luego de aquella casa me iba a todas las demás y, después de coger todo lo que hallaba, me abrazaba al rayo de luna y subía, saliendo fuera. Haciendo así, pude ganar todo lo que ahora poseemos.

Quando escucharon esto, los ladrones se alegraron mucho y dijeron:

—En esta casa hemos ganado más de lo que esperábamos, y debemos apreciar ese secreto que hemos oído como si fuera el mayor tesoro del mundo.

Por mucho tiempo se estuvieron quietos, hasta que pensaron que el dueño de la casa y su mujer se habían dormido.

(Pasa a la pág. 20)



# "AL POLO NORTE POR LOS AIRES"

(Viene de la pág. 2)

El 22, a la 1 h. 15, por primera vez, descubrimos una sabana de agua, aunque poco extendida; un gran estanque que envía estrechos ramales en distintas direcciones; la primera superficie propicia a un descanso observada desde que volamos sobre los bancos de hielo. Nuestra apreciación nos coloca aproximadamente a los 88° de latitud; pero ¿por qué longitud? No tenemos la menor idea. Hemos sido desviados al Oeste, esto es seguro. ¿A qué distancia? Lo ignoramos completamente.

En esto, Feucht anuncia que la mitad de la provisión de gasolina está consumida. En estas condiciones vamos a intentar el descenso. Mi intención es aterrizar, efectuar las observaciones astronómicas necesarias para determinar nuestra posición; después de lo cual veré, decidiré lo mejor, según las circunstancias.

Ahora es cuestión de escoger el terreno sobre el cual vamos a posarnos. Acuatizar sobre el estanque presenta, ciertamente, menos riesgos; en cambio, la situación podría convertirse en seguida en extremadamente peligrosa. De un momento a otro este estanque puede cerrarse, pues las fajas de agua que se encuentran en los bancos de hielo ¡son tan efímeras! Es posible que los campos de hielo que rodean esta zona vengan a juntarse bruscamente; entonces, el avión será aplastado antes de que hayamos conseguido sacarlo del agua. Por esta razón nos decidimos a aterrizar en los bancos de hielo, si descubrimos un lugar apropiado. A fi de darnos cuenta del terreno, descendemos, describiendo grandes órbitas.

De pronto, durante esta maniobra, el motor de atrás tiene frecuentes interrupciones. De repente, la situación cambia por completo. Un descenso inmediato se hace necesario; nos pararemos donde la fortuna nos lleve. Dada la poca altura a que ahora volamos, es imposible alcanzar el gran estanque. Intentaremos acuatizar en uno de sus brazos.

Lleno de pequeños témpanos y de nieve fundente, no es lo que se llama tentador, pero no podemos escoger. En tales

circunstancias es cuando uno se felicita de ser piloteado por una sangre fría imperturbable y de rápida decisión. El menor titubeo puede, en efecto, resultar fatal. El canal es suficientemente ancho para el avión; pero hay que tener cuidado con los altos montículos de hielo que se elevan en sus orillas; nos exponemos a destrozar las alas del aparato contra esos obstáculos, luego que hayamos tocado el agua.

El principio de la operación tiene un éxito completo. Acuaticamos en la papilla de nieve y de hielo que flota sobre la superficie del canal. Por un lado, la presencia de ésta es un bien, por cuanto amortigua nuestra velocidad; en cambio, sobre aquellas aguas, por decirlo así almibaradas, el aparato ya no obedece rápidamente.

Pasamos un primer montículo en la orilla derecha; inmediatamente se levanta un segundo al otro lado; casi lo rozamos, levantando un torbellino de nieve de sus flancos; después de esto, viene un tercero a la derecha, más grande, más peligroso que los primeros. ¿Conseguiremos doblarlo? Simple espectador, siendo actor pasivo, experimento una mortal ansiedad. En la fisonomía de Rüse Larsen, ningún músculo se mueve; nuestro piloto conserva la más admirable sangre fría... ¡Suerte! Franqueamos el peligroso cabo sin ningún tropiezo; hemos debido pasar un milímetro de su muralla, dicho sea sin la menor exageración. Temo que en cualquier momento choque un ala contra uno de los abundantes montículos de hielo y quede arrancada. Siendo muy espesa la papilla de nieve, amortigua más y más nuestro empuje; finalmente, nos paramos al extremo del canal, con la nariz tocando un gran témpano congelado. Allí también, un milímetro más y se hubiera estrellado el avión.

Estamos salvados.

*Roal Amundsen.*



# CRISTOBAL ROJAS

(Viene de la pág. 11)

darlo que por cualquier otro gusto.

Pero, la oportunidad para él ha de venir alguna vez; y ésta se presenta en ocasión de estar el pintor Herrera Toro decorando la Catedral de Caracas. Cristóbal Rojas, viendo la posibilidad de mostrar su arte, solicitó trabajo. Herrera Toro, que probablemente desconfiaba, lo aceptó, pero dándole un modestísimo empleo de aprendiz. Esta fué la iniciación de su independencia de pintor. En adelante, desafiándolo todo, luchando contra el ambiente y la indiferencia seguirá su carrera pictórica.

Su primer cuadro grande lo ejecuta para la exposición que se celebra en Caracas en julio de 1883, para homenajear el natalicio de El Libertador. Se titula *La Muerte de Girardot*, actualmente en el Museo Boliviano de Caracas. Este cuadro entusiasma al público, y el Gobierno Nacional, para premiar a Rojas, decide concederle una pensión para que vaya a estudiar a París.

Allí, estudiante aplicado, contraído a la pintura, su

maestro Jean Paúl Laurens (el mismo que lo será de Arturo Michelena) es el que más le anima en su labor. Cristobal Rojas progresa a pasos agigantados.

Durante su permanencia en la capital de Francia, pinta cuadros grandes que suscitan la atención del público: *El Plazo Vencido*, *La Miseria*, *El Bautizo*, *La Taberna*, único cuadro alegre suyo; *Beatriz y El Dante*, y pinta también un autorretrato, naturalezas muertas, estudios, etc.

En 1890 —su último año en París— Cristobal Rojas terminó su cuadro *“El Purgatorio*, encargado por el Gobierno de Venezuela. Aprovechando la Exposición de ese año en París, la exhibe y obtiene medalla de oro. Rojas se siente feliz. Pocas veces en su vida ha disfrutado de dicha, y ahora, cuando parece sonreírle, no ha de gozarla mucho tampoco, pues tiene que regresar precipitadamente a Caracas, enfermo de los pulmones.

De nuevo en la patria, no pudo gozar de su triunfo.

(Pasa a la pág. 21)

# LA CAZA DE JAGUARES

(Viene de la pág. 5)

Los demás perros no se acobardaron; al contrario, ladrando más y más fuerte, parecían dispuestos a vengar la muerte de su compañero.

El tigre, sabedor sin duda del destino que debía aguardarle fuera de su guarida, resistía obstinadamente a ser sacado como un cachicamo, y se afianzaba en su trincheira al pie del árbol.

Entre los perros había un espléndido ejemplar, que siempre había sido mi favorito, no solamente por su mucha fuerza para luchar con los novillos mañosos, sino también por su cariño hacia mi persona.

Notando que el tigre persistía en no cambiar de posición, dije a Fierabrás, que así se llamaba mi perro predilecto: "¡Ahora con él, muchacho, enséñale tus dientes!". Mientras, yo daba dos o tres pasos con la intención de clavarlo en la lanza contra la mata. Pero ¡Ay!, tiempo perdido; con un manotazo el tigre me quitó la lanza, de las manos, me tiró por el suelo, y me hizo al mismo tiempo, en el pescuezo, esta terrible herida que Uds. pueden ver. Luego, el canalla, despre-

ciando todas las reglas de la decencia, se me sentó tranquilamente sobre la cara, sofocándome con todo el peso de su cuerpo y con el mal olor que despedía. Pensé entonces que, si podía coger el cuchillo que siempre llevaba a mi costado, pronto me desquitaría con él; pero, en la situación en que me encontraba, hubiera sido imposible y hasta peligroso tratar de hacer semejante cosa. Por fortuna, el tigre; como su próximo pariente: el gato, rara vez acaba con su víctima con tal de que ésta se quede perfectamente inmóvil.

Mientras esto ocurría, algunos de mis compañeros que estaban no lejos de allí, no escuchando más los gritos con que yo animaba a los perros, y temiendo que hubiera pasado algo, vinieron y trataron de salvarme de la peligrosa situación.

Traían lazos, pero el monte estaba muy enmarañado para que éstos se pudieran usar. Uno de mis amigos, esclavo como yo, y uno de los más valientes matadores, se decidió a atacar al tigre con su espada.

Cogiendo el pellón de la silla de su caballo, y arrollándoselo en el brazo izquierdo, avanzó atrevidamente sobre el tigre, gritando: "¡Vamos, hijo del diablo; tú no sabes quién es Paulino Blanco, de otro modo, no estarías haciendo morisquetas como si fueras un mono!".

El tigre, con mucha prudencia no hizo caso del insulto. Paulino esperaba que, con aquella provocación, se le vendría encima como un toro furioso, y, no siendo así, se desconcertó un tanto; además, él trataba de evitar el riesgo de atacar a la fiera en su guarida. Pero, perdiendo, por fin, la paciencia, se lanzó contra el animal, no parando hasta ponerle el pellón en la cara, hundiéndole su espada en el cuello.

Rodaron los dos por el suelo, haciendo crujir las malezas con sus cuerpos.

No tardé en parovechar la ocasión de empuñar mi perdida lanza, que pronto encontré, y me puse en condiciones de pagar el servicio que me había hecho mi compañero.

Hundir la lanza en el corazón de la fiera y tumbarla de

lado fué cosa de un instante, después de lo cual, el tigre fué soltando poco a poco a Paulino, y se estiró, quedándose muerto, sin dar un ronquido; pero, no sin antes haber hecho varias profundas heridas en el pescuezo y pecho de su contraio.

Así terminó su carrera aquel azote de las sabanas y mi primera experiencia sobre la cacería de tigres.

R. P.

---

## CRISTOBAL ROJAS

Viene de la pág. 19

La enfermedad — que muchos atribuían a los gases producidos por la incineración de substancias especiales para la concepción de "*El Purgatorio*" — le postró en cama desde que llegó, cuando su gloria de artista laureado era propicia para nuevas obras bajo el cielo de su tierra que comenzaba a comprenderlo y a considerarlo. El 8 de noviembre de 1890, a los pocos meses de estar en Caracas, murió. Tenía tan solo 32 años de edad.

J. A. H.

# LAS LANZAS DE TÍO BURRO

(Viene de la pág. 12)

Y Tío Conejo, aprisionado entre los robustos brazos de su enemigo, comenzó a decir:

—Mire, Tío Tigre: mejor es que me suelte, porque le puede ir mal. Yo tengo un amigo poderoso que adivina cuando yo estoy en peligro y vendrá a defenderme.

Tío Tigre soltó una carcajada.

—No seas tan bobo, Tío Conejo. A mí no podrás engañarme.

—Ah, bueno. Entonces será peor para usted.

En eso un rebusno tremendo estremeció la sabana.

Tío Tigre volvió la cabeza prestando atención.

—¿Qué será eso?

Tío Conejo sonrió malicioso y dijo:

—¿Escuchó? Ese es nada menos que mi amigo el lancero Tío Burro.

—¿El lancero Tío Burro?... ¿Quién es ese hombre?

—¡Ah! Yo pronto le conocerá. Es el lancero más valiente que existe. Y tiene un par de lanzas tan afiladas y agudas como no hay otras.

—Pero... ¿Es verdad, entonces, eso del amigo suyo, Tío Conejo?

—¡Cómo que si es verdad! ¿No lo escuchó rebuznar?

Tío Tigre lleno de azoramiento y dejando traslucir cierto temor, miraba de un lado para otro sin saber que hacer. Tío Conejo, observándole de reojo, empezó a decir:

—Tío Tigre, yo le voy a dar un consejo. Mejor es que me deje en libertad....

—Eso nunca! —rugió Tío Tigre, con los ojos llenos de ira.

—Entonces, lo mejor que usted puede hacer es subirse sobre un árbol. Digo, si se quiere salvar de las lanzas de mi amigo... Y, para que yo no escape, usted puede llevarme consigo.

Tío Tigre se quedó pensando y luego dijo:

—No está mal. Voy a hacerlo así. De ese modo podré ver lo que existe de verdad en eso del lancero.

Y, terminando de hablar, comenzó a trepar por el tronco de un matapalo, llevando a Tío Conejo a cuestras.

Un rebuzno, más prolongado y atronador que el primero volvió a oírse de nuevo, más cercano.

—Andese, Tío Tigre que ahí viene Tío Burro —dijo Tío Conejo.

Tío Tigre se apresuró y pronto estuvieron encaramados sobre las ramas más altas del árbol.

Apenas habían acabado de subir, cuando los rebuznos volvieron a escucharse más terroríficos que nunca y acompañados de un ruido tremendo, como si trotaran juntos mil caballos salvajes.

—Allí viene! —dijo Tío Conejo, mostrando una nube de polvo y hojarasca que avanzaba por entre la selva, como un torbellino.

Tío Tigre miraba con los ojos enormemente abiertos, para no perder detalle. Y Tío Burro, rebuznando y dando corcobos, pasó como una tromba con el rabo extendido y las orejas echadas hacia adelante; lo perseguían, aguijonéandole, las avispas que había alborotado Tío Conejo.

Tío Tigre se volvió a mirar a Tío Conejo, lleno de temor:

—¿Ese es Tío Burro?

—Sí.

—¿Y qué son esas cosas brillantes que lleva en la cabeza apuntando hacia adelante?

—¡Esas son las lanzas!

Tío Tigre se quedó meditando largo rato. Al fin, murmuró:

—Parece valiente de verdad el lancero Tío Burro.

—¿No lo vió? De la que se salvó usted, si se hubiera quedado allá abajo.

Tío Tigre volvió a meditar, luego dijo:

—A mi me gusta ser amigo de los hombres valientes. Quisiera conocer a Tío Burro.

Los ojos de Tío Conejo brillaron y saltó diciendo:

—Si usted lo desea; yo se lo puedo presentar.

—Bueno, te voy a soltar; pero, eso sí, con la condición de que me lo presentes.

—Trato hecho, Tío Tigre.

Y Tío Tigre descendió del matapalo, poniendo en libertad a Tío Conejo.

Días después a la orilla del río, Tío Burro rehusaba espantado de la proposición de Tío Conejo.

—Que va, Tío Conejo! ¡Ni de casualidad! Yo no quiero ser amigo de ese hombre...

—Pero, Tío Burro; si usted no corre ningún peligro. Yo arreglo la cosa de tal manera que...

—No, no, no! Déjese de eso. ¡Ni jugando!

Tío Conejo no insistió más, dejó a Tío Burro y se fué al bosque, a la madriguera de Tío Tigre.

—Buenos días, Tío Tigre.— Gritó, asomándose a la boca de la cueva.

Dentro, Tío Tigre soltó un gruñido.

Tío Conejo continuó diciendo:

—Por fin el hombre se resolvió a ser amigo suyo, Tío Tigre me costó bastante trabajo convencerlo.

Tío Tigre salió afuera.

—¿De veras, Tío Conejo?

—Sí; pero, no quería. Tuve que hablarle de todas las hazañas suyas y decirle que usted era el hombre más temido de todos estos lugares por su valor incomparable.

—¿Eso le dijiste?— preguntó Tío Tigre lleno de vanidad.

—Claro está. De otra forma no hubiera consentido. A él no le gustan otras relaciones que las de las celebridades.

Tío Tigre, conmovido abrazó a Tío Conejo.

—Tío Conejo, tu has demostrado ser verdaderamente mi amigo. Te perdono todas tus locuras anteriores. ¿Y dónde voy a encontrarme con Tío Burro?

—Allá abajo, Tío Tigre; en la orilla del río. Allí le está él aguardando. Pero tenga cuidado de no desagradarlo. Andese con mucha diplomacia, porque es muy delicado y, si usted llega a disgustarlo, soltará un rebuzno y se le irá encima con las lanzas dispuestas. ¡No lo haga rebuznar!

—No tengas cuidado, Tío Conejo; no habrá peligro. Además, tu vienes conmigo; ¿no es verdad?

—Ese sería mi deseo, Tío Tigre; pero no me es posible. Tengo que desempeñar una comisión de él muy delicada.

—¡Ah, no! Si es así, vete pronto a cumplirla. Yo me iré solo.

Tío Tigre se puso en camino hacia el río y Tío Conejo se perdió saltando entre el monte, en dirección contraria; pero, apenas había andado un pequeño trecho, torció a un lado para salirle adelante a Tío Tigre, cortándole el camino.

Mucho había corrido Tío Conejo, pero Tío Tigre, bebiéndose los montes a saltos en el deseo de conocer al valiente lancero, había llegado primero que él.

Entre las altas hierbas, al borde del agua, el perezoso Tío Burro dormía la siesta echado cómodamente. Tío Tigre, a una distancia de veinte pasos, le observaba receloso; sin atrever a acercarse.

Tío Conejo, con la lengua afuera por el cansancio, llegó a todo correr y, de una ojeada se dió cuenta de todo: Tío Tigre iba a descubrir la superchería si él no se andaba pronto.



Como una flecha, se metió por entre el pajonal y se agazapó junto a Tío Burro. Ojo alerta con Tío Tigre. Éste, mientras tanto, seguía observando a Tío Burro y, como viera que no hacía ningún movimiento, comenzó a acercarse cautelosamente.

Tío Conejo lo dejó aproximarse y, cuando estuvo a una distancia bastante corta, hincó sus dientes en el rabo de Tío Burro, propinándole un mordisco tremendo.

Tío Burro dió un salto y soltó un rebuzno formidable, y Tío Tigre, lleno de espanto, echó a correr y, llegando a la orilla del río, dió un gran brinco yendo a caer en el lado opuesto.

Tío Conejo dijo entonces a Tío Burro.

—¡Tío Tigre le tiene miedo, Tío Burro! Persígalo. Salte usted también para que él vea que usted puede hacerlo mejor.

Envalentonado, Tío Burro, tomó impulso y, rebuznando, con las orejas embiestas se lanzó al río para cruzarlo de un solo salto; pero, sus patas torpes no tuvieron la fuerza suficiente y el infeliz se fué de cabeza al agua, dándose un chapuzón.

Desde la otra orilla, Tío Tigre lo había presenciado todo y, como viera que Tío Burro no salía fuera por más que batallara, pensó que se estaría ahogando y decidió ganarse la amistad de él salvándole la vida.

Pensarlo y hacerlo fué obra de un instante y, en un momento, Tío Tigre estaba al lado de Tío Burro, sujetándole por las crines y conduciéndole luego a la ribera.

Ya a salvo, Tío Burro se puso en pie. Aun no había tragado mucha agua, pero su cuerpo estaba lastimosamente mojado. Para desprenderse del líquido que le chorreaba, Tío Burro se dió una sacudida, estremeciéndose desde la nariz el rabo, con tal fuerza que, unas sardinas que se habían introducido en sus orejas, saltaron cayendo junto a los pies de Tío Tigre. Tío Burro las miró y, como viera la actitud respetuosa y admirativa de Tío Tigre, se fingió ofendido.

—¡Caramba!, Tío Tigre; usted si que es entrometido. ¿Quién lo ha mandado sacarme del río, cuando yo estaba pescando?

Y Tío Tigre se quedó alhelado. ¡Nunca había visto él a nadie que pescara sardinas con lanzas! Pero, reaccionó y presentó sus excusas a Tío Burro: El no lo sospechaba, de haberlo sabido jamás hubiera osado atreverse. . . Si lo hizo, fué por la simpatía que le inspiraba la valentía reconocida del heroico lancero Tío Burro.. Este, condescendió al fin.

—Bueno, está perdonado; pero para otra vez, ya lo sabe.

Y echó a andar trotando, sabana adentro; engreído.

Tío Tigre, humildemente se atrevió a decir:

—Tío Burro, ¿tendría usted algun inconveniente en que yo le acompañara hasta su casa? Concédame ese honor.

—Bueno— accedió Tío Burro—pero vaya usted adelante.

Y, para que Tío Tigre no creyera que él tenía miedo, agregó:

—Así irá usted despejándome el camino.

Encantado de ir en compañía de un individuo tan valiente, Tío Tigre aceptó la condición, y los dos echaron a andar a través de la sabana.

Sobre la fila de un cerro, demarcando posesiones diferentes, una cerca de alambre de púas se interponía a los viajeros. Llegando allí, Tío Tigre, de un salto salvó el alambrado y, Tío Burro, por no ser el de menos, intentó pasar también de la misma manera. Se irguió sobre sus patas traseras e hizo un esfuerzo formidable; pero, todo en vano: su cuerpo mal acondicionado para aquellos ejercicios, se derrumbó sobre el alambrado y allí quedó colgando como un fardo, sin poderse bajar, por más intentos que tratara de hacer.

Tío Tigre, volviendo el rostro y mirando a Tío Burro en semejante aprieto, no quiso perder la ocasión de mostrarse solícito con él, y corrió a prestarle ayuda.

En un santiamén lo alzó y lo puso del otro lado de la cerca.

Tío Burro, de pie, se quedó quieto, pensando contrariado: “Qué mal estoy quedando ante Tío Tigre, ¿qué se habrá imaginado él de todo esto? Estoy perdido”.

Pero, Tío Tigre interpretando al revés la actitud de Tío Burro y, creyendo que le había ofendido de nuevo, se atrevió a preguntar:

—¿He procedido mal, Tío Burro? Si es así, dispéñeme. Yo creí. . .

Inmediatamente, Tío Burro se creció ante la actitud sumisa del otro.

—¡Caramba, Tío Tigre! Usted siempre tan inoportuno, ¿no sabe que yo acostumbro hacer ejercicios gimnásticos en todo alambrado que encuentre?

—Si; pero, yo. . .

—Estoy viendo que no podemos andar juntos. Lo mejor es que usted se vaya por otro lado y me deje a mi solo en mi camino; de lo contrario, va a suceder algo desagradable.

Y Tío Tigre, que ya no las tenía todas consigo, agradeció la solución dada por Tío Burro y, despidiéndose con la más cortés de sus sonrisas, se fué lo más ligero que pudo, metiéndose entre la selva.

—¡De milagro me he salvado de su par de lanzas! —iba pensando.

# LOS LOROS

(Viene de la pág. 4)

Cuando el loro descansa, esconde la cabeza entre el espeso plumaje que lo cubre.

Su pico es corvo, grueso en la base y terminado en punta, siendo la parte superior tan larga como la cabeza misma, y fuerte doblado hacia abajo como una hoz. Sin dificultad puede el cuerpo suspenderse libremente, aguantándose sólo con la mandíbula superior. La parte inferior es corta y ancha, de bordes puntiagudos.

Los pies están provistos de cuatro dedos, de los que dos se dirigen hacia adelante y dos hacia atrás, formando un verdadero *pie trepador*. Las partes desnudas de las patas están protegidas contra heridas o golpes por una especie de escamas córneas. Los dedos llevan garras desarrolladas y agudas; al posarse asen las ramas con firmeza, pero son inapropiadas para caminar por el suelo o para saltar, cosas que hacen torpemente.

Con sus picos pueden triturar los frutos más duros. La lengua negra, gruesa y cilíndrica, es muy flexible, y representa la mano que quita la cáscara de las semillas. Sus pies los ayudan mucho en la alimentación. Si tienen que coger frutas grandes, las agarran con una pata y sujetándose con la otra, se llevan el alimento a la boca.

El vuelo de los loros es menos perfecto que su locomoción en los ramajes; es lento en comparación con el de otras aves. Las alas son fuertes y bastante largas, pero como el cuerpo es muy pesado, tiene el loro que ejecutar rápidos aleteos para sostenerse en el aire.

Cuando llueve les gusta mojarse, y gritan y aletean de alegría.

Los loros tienen muchos enemigos: las aves rapaces, las fieras y el hombre. Su defensa es pasiva. La vista y el oído los protegen eficazmente. Las bandadas tienen siempre en las arboledas, centinelas que advierten el peligro chillando fuertemente. Por lo demás, saben ocultarse muy diestramente entre el ramaje, donde se quedan silenciosas. Cuando se ven descubiertas, huyen con fuerte aleteo y escandalosos chillidos para intimidar al enemigo.

Cuando viven en la selva virgen, no causan daños, pero cuando invaden los sembrados, destrozan frutas y granos en gran cantidad.

Los loros son de mayor tamaño que las cotorras y viven cerca de sesenta años.

El *papagayo gris* o *jakos* es el más hablador de estos animales, procede de Africa y es de color gris, con la cola corta y cuadrada, y roja por la parte inferior.

Los *guacamayos* se distinguen por su tamaño, su gran pico y su cola extremadamente larga. Unos tienen el plumaje rojo escarlata en todo el cuerpo, a excepción del lado superior de las alas y algunas plumas timoneras que son azules. Otros están adornados de colores amarillo anaranjado por debajo y azules oscuros en la parte superior, lo que forma un contraste precioso.

Las *cacatúas*, de Australia, son de color blanco, rosado, etc., y se caracterizan por el elegante penacho que adorna su cabeza.

El *periquito* tiene una cola bastante larga y es de tamaño pequeño. Muy abundante en Venezuela. Es de color verde amarillento, con salpicaduras rojas en el cuello y base del pico. Se domestica fácilmente y da besitos, haciendo muchas otras gracias.

---

---

## EL LADRON Y EL RAYO DE LUNA

(Viene de la pág. 16)

Una vez que creyeron que así había ocurrido, el jefe de ellos se levantó y se fué a la ventana que estaba encima de la casa. Allí el ladrón se abrazó a un rayo de la clarísima luna que brillaba en el cielo y, diciendo siete veces:

—Saulan, saulan.

Trató de deslizarse, como había oído decir al dueño de la casa, pero se fué como un pesado fardo y cayó dentro cabeza abajo.

Los dueños de la casa se levantaron y le dieron de golpes hasta que se apoderaron de él. Mientras tanto, el ladrón decía:

—No me merezco cuanto mal me hagáis, porque creí lo que decís y por pura vanidad me engañé.

# BORODINO Y CACHILIN



1

Borodino soñó un día  
que un mago le había obsequiado  
una mágica pomada  
con la cual podía volar.



2

Y cuando se despertó  
se encontró con que tenía  
en un bolsillo guardado  
el tarro con que soñara.



3

A su perro Cachilín  
le untó un poco de unguento  
y después, en su persona,  
un poco también se puso.



4

Al cabo de unos segundos  
se elevaron por los aires,  
comenzando de este modo  
sus viajes extraordinarios.

CONTINUARA